

Al día siguiente, después de haber deshecho la barrera y vuelto á abrir la salida del desfiladero, vestido con los harapos que habían triunfado de la vía de agua, llevando encima el cinto de Clubin con los 75,000 francos, de pie en la panza reparada al lado de la máquina salvada, con buen viento y con mar admirable, salió Gilliatt del escollo Douvres.

Puso la proa hácia Guernesey.

En el momento de alejarse del escollo, cualquiera que se hubiese hallado allí le hubiera oído tararear la canción Bonny Dundee.

TERCERA PARTE.

DERUCHETTE.

LIBRO PRIMERO

NOCHE Y LUNA.



I.

LA CAMPANA DEL PUERTO.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

El Saint-Sampson de hoy es casi una ciudad; el Saint-Sampson de cuarenta años atrás era casi una aldea.

Llegada la primavera y concluidas las veladas de invierno, se trasnochaba poco, y la gente solía acostarse al anochecer. Saint-Sampson era una antigua parroquia subalterna que había conservado la costumbre de apagar la luz temprano. Allí todo el mundo se acostaba y se levantaba con el día. Las antiguas aldeas normandas son como las gallinas.

Digamos además que Saint-Sampson, esceptuando algunas familias acomodadas de la clase media, es una po-

blación de canteros y de carpinteros de ribera. El puerto es un puerto de recorridas. En él todo el día se estraen piedras ó se construyen tablonés; donde quiera el pico y el martillo. Hay un manejo perpetuo de encina y de granito. Al anochecer los trabajadores están cansados y duermen como troncos. Los trabajos rudos hacen los sueños pesados.

En una tarde de los primeros días de mayo, después de haber contemplado algún tiempo el creciente de la luna en los árboles y escuchado los pasos de Deruchette que de noche se paseaba sola por el jardín de los Bravées, mess Lethierry se había metido en su cuarto con vistas al puerto y se había acostado. Dulce y Gracia estaban ya en la cama. Todos en la casa dormían, á escepcion de Deruchette. Todos dormían también en Saint-Sampson. No había puerta ni ventana que no estuviese cerrada. No transitaba nadie por las calles. Unas cuantas luces, semejantes á las guiñadas de ojos que van á extinguirse, brillaban en distintas cerceras, anunciando que iban á acostarse los criados. Hacia ya un buen rato que habían dado las nueve en el vetusto campanario romano cubierto de hiedra que se reparte con la iglesia de Saint-Brelade de Jersey la rareza de tener por fecha cuatro números uno: 1111, lo que significa *mil ciento once*.

La popularidad de mess Lethierry en Saint-Sampson estaba subordinada al estado de sus negocios. Habiendo éstos andado mal, se formó á su rededor el vacío. Fuerza es creer que la mala suerte ahuyenta las amistades y que

la gente poco afortunada lleva consigo la peste, á juzgar por la prontitud con que se la obliga á hacer cuarentena y aislarse. Los mozos acomodados de la población evitaban la presencia de Deruchette. Era tal el aislamiento alrededor de los Bravées, que en ellos no se supo siquiera el grande acontecimiento local que ponía en movimiento todas las lenguas de Saint-Sampson. El rector de la parroquia, el reverendo Joë Ebenezer Caudray, era rico. Su tío, el magnífico dean de Saint-Asaph, acababa de morir en Londres. Había traído la noticia el buque correo *Cashmere* llegado de Inglaterra aquella misma mañana, y en la rada de Sant-Pierre Port se percibía aun su mástil. El *Cashmere* debía salir para Southampton el día siguiente al medio día, embarcándose en él, según pública voz y fama, el reverendo rector, llamado apremiantemente á Inglaterra para la abertura oficial del testamento, sin contar las otras urgencias de una gran sucesión que recogía. Durante todo el día, Saint-Sampson había dialogado confusamente. El *Cashmere*, el reverendo Ebenezer, su tío muerto, su riqueza, su partida, sus promociones posibles en el porvenir, constituían el fondo de todos los rumores. Una sola casa, que nada sabía absolutamente, había permanecido silenciosa, los Bravées. Mess Lethierry se había echado encima de su hamaca, sin desnudarse.

Echarse encima de su hamaca era su único recurso desde la catástrofe de la Duranda. Tenderse sobre su camastro es el recurso de todo preso, y mess Lethierry estaba preso por la tristeza. Se echaba, y esta circunstancia

era una tregua, un recobro de aliento, una suspension de ideas. ¿Dormia? No. ¿Velaba? Tampoco. Propiamente hablando, hacia dos meses y medio, que eran los trascurridos desde la catástrofe, que mess Lethierry estaba como sonámbulo. No habia aun vuelto á su asiento. Se hallaba en aquel estado misto y difuso que solo conocen los que han sufrido grandes contratiempos. Sus reflexiones no eran pensamientos, su sueño no era reposo. Ni de dia era un hombre despierto, ni de noche un hombre dormido. Estaba en pie, y despues se echaba, hé aquí todo. Cuando estaba en su hamaca, se desmemoriaba algo, y á eso él llamaba dormir; las quimeras flotaban en él y encima de él; la nube nocturna, llena de apariencias confusas, cruzaba su cerebro; el emperador Napoleon le dictaba sus memorias; habia varias Deruchettes; estraños pájaros poblaban los árboles, y las calles de Lonsle-Sauluier se convertian en serpientes. La pesadilla era la espera de la desesperacion. Pasaba sus noches delirando, y sus dias soñando.

Permanecia algunas veces toda la tarde inmóvil en la ventana de su cuarto que, como dijimos, daba al puerto, con la cabeza baja, los codos apoyados en la piedra y las manos en las sienes, con la espalda vuelta al mundo entero, con la vista fija en la argolla de hierro clavada en la pared de su casa á algunos pies de su ventana, donde en otro tiempo se amarraba la Duranda. Miraba tristemente la herrumbre que se apoderaba de la argolla.

Mess Lethierry estaba reducido á la funcion maquinal de vivir.

No á otra cosa quedan reducidos los hombres mas animosos privados de su idea realizable. Tal es el efecto de las existencias vaciadas. La vida es el viaje, la idea es el itinerario. El que pierde el itinerario se para. Perdido el objeto, la fuerza muere. La suerte tiene un oscuro poder discrecional. Puede con su rara magia tocar hasta nuestro ser moral. La desesperacion es casi la destitucion del alma. Solo resisten los corazones muy grandes. Y no siempre.

Si la absorcion puede llamarse meditacion, mess Lethierry meditaba continuamente en el fondo de una especie de precipicio turbio. Se le escapaban frases ingenuas como la siguiente: No me queda mas que hacer que pedir allá arriba mi billete de partida.

Notamos una contradiccion en aquella naturaleza, complexa como el mar de que Lethierry era, si asi puede decirse, el producto; mess Lethierry no oraba.

Ser impotente es una fuerza. En presencia de nuestras dos grandes cegueras, el destino y la naturaleza, el hombre en su impotencia encuentra el punto de apoyo, la oracion.

El hombre se hace auxiliar por el terror; pide socorro á su miedo; la ansiedad aconseja hincar las rodillas.

La oracion es una enorme fuerza propia del alma y de la misma especie que el misterio. La oracion se dirige á la magnanimidad de las tinieblas; la oracion mira el misterio con los mismos ojos de la sombra, y delante de la poderosa fijeza de la mirada suplicante se siente un desarme posible del Desconocido.

Esta posibilidad entrevista es por sí sola un consuelo. Mess Lethierry no oraba.

Mientras fue feliz, Dios existía para él, existía, si así puede decirse, en carne y hueso; Lethierry le hablaba, le empeñaba su palabra, casi le daba de cuando en cuando un apretón de manos. Pero en la desgracia de Lethierry, fenómeno bastante frecuente, Dios se había eclipsado. Así sucede siempre cuando un individuo se forma un buen Dios, que es un buen hombre.

No había para Lethierry, en el estado en que se hallaba su alma, más que una visión bien marcada, la sonrisa de Deruchette. Fuera de esta sonrisa, todo era negro.

Hacia algún tiempo, á causa sin duda de la pérdida de la Duranda, de que ella representaba el rechazo ó repercusión, la encantadora sonrisa de Deruchette era menos frecuente. Deruchette parecía estar preocupada. Se habían extinguido sus monadas de pájaro y de niño. No se la veía ya por la mañana, al dispararse el cañonazo de leva, hacer una reverencia y decir al sol saliente: «*bien venido, día!* Tómate la molestia de entrar.» Tenía á veces una actitud muy seria, cosa triste en un ser tan dulce. Se esforzaba sin embargo en sonreír á mess Lethierry, y en distraerle, pero su alegría se marchitaba más cada día y se cubría de polvo, como las alas de la mariposa que tiene un alfiler que atraviesa su cuerpo. Añádase que, ya sea por la tristeza que le causaba la de su tío, pues hay dolores de reflejo, ya sea por otras razones, parecía desde algún tiempo inclinarse mucho á la religión. Sabido es que en tiempo del

antiguo rector M. Jaquemin Hérode, no iba á la iglesia más que unas cuatro veces al año. Desde algún tiempo la frecuentaba muy asiduamente. No faltaba á ningún oficio, ni del domingo, ni del jueves. Las almas piadosas de la parroquia veían con satisfacción su enmienda. Porque es una gran dicha que una jóven, que tantos peligros corre cerca de los hombres, se vuelva hácia Dios.

Así al menos los pobres padres pueden vivir descansados respecto de amoríos.

Por la tarde, siempre que el tiempo lo permitía, se paseaba una ó dos horas por el jardín de los Bravées. Allí estaba tan pensativa casi como mess Lethierry, y siempre sola. Deruchette era la última que se acostaba, lo que no impedía que Dulce y Gracia tuviesen siempre fijas en ella sus miradas, por ese instinto de acecho que se mezcla con la domesticidad; el espiar disminuye la displicencia que causa el servir.

En cuanto á mess Lethierry, en el estado de preocupación en que se hallaba su ánimo, no notaba las pequeñas alteraciones que habían sufrido las costumbres é inclinaciones de Deruchette. Él además no había nacido para dueña. Ni siquiera se había apercibido de la exactitud de Deruchette á los oficios de la parroquia. Tenaz en su preocupación contra los clérigos y sus cosas, no le hubieran dado ningún gusto tantas visitas á la iglesia.

No es decir que su misma situación moral no estuviese también en camino de modificarse. La tristeza es nube y varía de forma.

Ya lo hemos dicho, las almas fuertes quedan algunas veces, bajo el peso de ciertos infortunios, destituidas casi, no completamente. Los caracteres enérgicos y de gran virilidad, tales como Lethierry, se reaccionan tarde ó temprano. La desesperacion tiene grados ascendentes. Del anadamiento se sube al abatimiento; del abatimiento á la afliccion, de la afliccion á la melancolía. La melancolía es un crepúsculo, donde el dolor se funde en un júbilo sombrío.

La melancolía es el placer de estar triste.

Estas atenuaciones elegíacas no estaban hechas para Lethierry. Ni la naturaleza de su temperamento, ni el género de su infortunio consentian semejantes matices, solo que en el momento en que acabamos de encontrarle de nuevo, el desvarío de su primera desesperacion tendia, hacia ya una semana próximamente, á disiparse; Lethierry, sin estar menos triste, estaba menos inerte, permanecia siempre sombrío, pero no ya aburrido, taciturno é indiferente á todo; recobraba cierta percepcion de los hechos y de los acontecimientos, y empezaba á experimentar algo del fenómeno que se podria llamar el regreso á la realidad.

Asi es que durante el dia, en la sala baja, no escuchaba las palabras de la gente, pero las oia. Una mañana Gracia, muy satisfecha, dijo á Deruchette que mess Lethierry habia quitado la faja de un periódico.

Esta semi-acceptacion de la realidad es, como se sabe, un buen síntoma. Es la convalecencia. Las grandes des-

gracias son un atontamiento del cual se sale poco á poco. Pero la mejoría hace en un principio el efecto de una agravacion. El estado de delirio anterior embotaba el dolor. Lethierry veia turbio, sentia poco; ahora se le ha aclarado la vista, no se le escapa nada, todo recuerdo hace brotar sangre de su herida. Esta se aviva. El dolor se acentúa con todos los pormenores que se perciben. Todo renace visible en la memoria. Hallarlo todo es llorarlo todo. En este regreso á la realidad hay toda especie de resabios amargos. El hombre se siente mejor y peor. Asi lo experimentaba Lethierry. Sufria mas distintamente.

Quien habia vuelto á mess Lethierry al sentimiento de la realidad fue un sacudimiento.

Digamos cuál fue éste.

Una tarde, hácia el 15 ó el 20 de abril, llamaron á la puerta de la sala baja de los Bravées con dos golpes que daban á entender que quien llamaba era el cartero. Dulce abrió. En efecto, era una carta.

Esta carta venia del mar, y estaba dirigida á mess Lethierry, y timbrada en Lisboa.

Dulce entregó la carta á mess Lethierry, que estaba encerrado en su cuarto. Mess Lethierry cogió la carta, y la dejó maquinalmente encima de la mesa, sin mirarla siquiera. La carta estuvo mas de una semana, sin abrir, donde Lethierry la habia dejado.

Una mañana sin embargo, Dulce dijo á mess Lethierry:

—Señor, la carta que os entregué está llena de polvo, ¿no quereis que se lo quite?